

Yo quemo París

Bruno Jasieński

Traducción de
José Luis Amores



Pálido Fuego
éLITe

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Título original: *Pałę Paryż*

Autor: Bruno Jasieński

Diseño, maquetación y cubierta: Editorial Pálido Fuego S.L.

Fotografía de cubierta: © Georges Melet, vía Getty Images

© 2023, José Luis Amores, por la traducción

© 2023, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Editorial Pálido Fuego S.L.

C/ Charlot, 13. 29016 Málaga

www.palidofuego.com

Primera edición: febrero de 2023

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-125476-4-1

Depósito legal: MA 263-2023

Impresión: Gráficas La Paz

www.graficaslapaz.com

NOTA DEL EDITOR

La presente obra fue publicada por primera vez en 1928 en el periódico *L'Humanité*, bajo el título *Je brûle Paris*. Ese mismo año, la novela veía la luz en Moscú, traducida al ruso, con el título *Ia zhgu Parizh*. En 1929, ante el enorme éxito de su publicación por entregas, la editorial Flammarion volvía a publicarla en Francia, mientras que aparecía, también en Moscú, su primera edición en polaco, *Pałę Paryż*. Constan, asimismo, traducciones al inglés, alemán, italiano y croata.*

Para la elaboración de esta traducción al castellano se han utilizado el original polaco y la excelente traducción al inglés de Soren Gauger para Twisted Spoon Press, *I Burn Paris*. Por otra parte, la biografía del autor, incluida en las páginas 335 a 343, así como el comentario desarrollado en las páginas 343 a 350, están basadas en gran medida en la obra *Bruno Jasienski. His Evolution from Futurism to Socialist Realism*, de Nina Kolesnikoff.**

Agradecemos a G. Cebula su valiosa labor de conciliación entre el original en polaco y nuestra traducción.

* En 2009, Maldoror Ediciones anunció la publicación de su traducción al castellano, en un volumen de —sorprendentemente— 168 páginas, titulado *Voy a meterle fuego a París*, pero ha sido imposible corroborar su existencia por más que hemos intentado contactar con la editorial y preguntado en librerías. Aunque en la web de la editorial puede consultarse el primer capítulo de la novela, cabe inferir que el anuncio de su publicación quedó en mera declaración de intenciones.

** Kolesnikoff, Nina. Wilfried Laurier University Press (Waterloo, Ontario, 1982).

ÍNDICE

Dedicatoria	9
PRIMERA PARTE	15
SEGUNDA PARTE	65
TERCERA PARTE	297
APÉNDICES	
Breve semblanza biográfica	335
Influencias, recepción, versiones	343

*Este libro está dedicado al camarada Tomasz Dąbal,
luchador incansable por la causa obrera y campesi-
na, y mediante él le estrecho la mano sobre Europa.*

YO QUEMO PARÍS

PRIMERA PARTE

I

Empezó con un incidente menor, de apariencia insignificante y naturaleza indudablemente privada.

Una hermosa noche de noviembre, en la esquina de la calle Vivienne con el bulevar Montmartre, Jeannette informó a Pierre de que necesitaba sin demora unas bailarinas.

Caminaban despacio, cogidos del brazo, perdidos entre la abigarrada e inconexa marea de figurantes que la desvincijada maquinaria fílmica europea proyecta cada noche sobre la pantalla de los bulevares de París.

Pierre iba callado y taciturno.

Tenía sus motivos.

Esa mañana el capataz, en su deambular por el taller con pasos sigilosos, se había detenido de pronto ante su puesto y, con la mirada fija en un punto situado por encima del hombro de Pierre, le había dicho que recogiera sus herramientas.

Tal cacería silenciosa duraba ya dos semanas. Pierre había oído a sus compañeros decir que la pésima situación económica en Francia había paralizado la venta de automóviles. Las fábricas corrían serio peligro de cierre. En todas partes reducían las plantillas a la mitad. Para evitar disturbios, los despidos se consumaban de manera paulatina, en diferentes momentos del día y alternando departamentos.

Al llegar al trabajo por la mañana, nadie podía asegurar que la jornada que tenía por delante no sería la última.

Cuatrocientos pares de ojos inquietos, de cabezas agachadas cual perros olisqueando el suelo, tratando de evitar la mirada que se deslizaba por turnos sobre sus

rostros, seguían a hurtadillas el pesado deambular del encargado, que avanzaba despacio, ensimismado, entre los bancos de trabajo. Cuatrocientos hombres encorvados sobre sus puestos, como si quisieran hacerse aún más pequeños, más grises, más imperceptibles, cada cual arañando segundos a su humeante máquina en una frenética y enmarañada carrera de dedos, roncós de proferir gritos silenciosos que parecían mascullar: «¡Yo soy el más rápido! ¡Que no me toque a mí! ¡A mí no!».

Y día tras día, en algún rincón del taller, la execrable y vacilante escritura de pasos se detenía de repente y una voz plana, inexpresiva, rompía el tenso silencio: «¡Recogaja sus herramientas!».

En ese instante, centenares de pechos soltaban un suspiro de alivio semejante al resoplido de un ventilador: «¡Me libré! ¡Me libré!». Y los curtidos dedos redoblaban su actividad y asían e insertaban y enrollaban aún más rápido, segundo tras segundo, eslabón tras eslabón, la insufrible cadena de las ocho horas.

Pierre sabía que los primeros en ir fuera eran los sospechosos de activismo político. No tenía, pues, nada que temer. Él evitaba a los agitadores. No iba a los mítines. Durante la última huelga, había estado entre quienes, pese a los piquetes, pese a las miradas torcidas, habían acudido a trabajar. En sus reuniones con el capataz, se esforzaba por poner una sonrisa amable.

Y pese a todo, cada vez que el capataz daba inicio a su callado y funesto paseo por el taller, a Pierre se le enredaban los dedos por la ansiedad; las herramientas se le caían de las manos y allí se quedaban, pues no se atrevía a agacharse a recogerlas por temor a llamar la atención, mientras una fría compresa de perlas de sudor le cubría la frente.

Pero cuando esa mañana los trágicos pasos se detuvieron bruscamente ante su puesto, cuando sus ojos leyeron la condena esbozada por los labios del capataz, Pierre sintió algo parecido al alivio. ¡Se acabó!

Con calma, sin prisas, metió las herramientas en su hatillo. Sin volverse a mirar a nadie, se quitó el mono de trabajo y lo envolvió cuidadosamente en papel.

En secretaría, al repasar su ficha, resultó que le habían robado el micrómetro.

La infalible maquinaria administrativa le remitió a la oficina de control. Un burócrata bizco y calvo le informó escuetamente de que le retenían cuarenta francos por el micrómetro perdido. El resto ya lo había cobrado como anticipo dos días antes. Por tanto, no se le debía nada.

Pierre recogió los certificados manchados de grasa sin decir palabra. Sabía que, para que los trabajadores no tuvieran derecho a la prestación por desempleo, la fábrica, conchabada con el gobierno, omitía la expresión «despido por causas económicas». Con todo, estuvo en un tris de intentarlo, sólo fuera para asegurarse. Miró la reluciente y despreciable calva del estirado escribano, a la pareja de guardas de la fábrica que, de espaldas a él, parecían enfrascados en conversación... Entendió que no había nada que hacer.

Salió de la oficina arrastrando los pies.

En la puerta, le retiraron el pase de entrada y revisaron el contenido de su hatillo.

Ya en la calle, Pierre estuvo largo rato parado, impotente, sin saber dónde ir. Un gordo policía de azul marino, cara de bulldog y lustrosa chapa identificativa en el cuello le rugió al oído que circulase.

Decidió visitar varias fábricas. Sin embargo, no consiguió nada. La crisis era generalizada. Las fábricas sólo

funcionaban parte de la semana. Había recortes de plantilla por doquier. Nadie contrataba nuevos operarios.

Tras correr de acá para allá todo el día, cansado y hambriento, a las siete se acercó al almacén donde trabajaba Jeannette para recogerla.

Jeannette necesitaba unas bailarinas. No las pedía por capricho. En dos días sería la festividad de Sainte Catherine. Su almacén celebraba un baile para el personal. Con ánimo de economizar, la muchacha se había arreglado el vestido del año anterior. Sólo le faltaban las bailarinas. ¡No podía ir a un baile con botines! Además, tampoco suponían un gasto disparatado: en un escaparate había visto unas de brocado, preciosas, por sólo cincuenta francos.

Pierre, que tenía exactamente tres *sous* en el bolsillo, escuchó sumido en un mutismo melancólico la cantarina cháchara de su amiga, cuyo sonido le revoloteaba por el pecho provocándole un cosquilleo similar al que sentía en las curvas cerradas de una montaña rusa.

•

La búsqueda del día siguiente tampoco le deparó provecho alguno. No le aceptaron en ningún sitio. A las siete, cansado y deprimido, estaba en las afueras de París, a kilómetros del trabajo de Jeannette. Era imposible llegar a tiempo para recogerla. Y, en todo caso, ¿qué podía decirle? Jeannette necesitaba unas bailarinas. Lloraría. Pierre no soportaría la vista de sus lágrimas. Derrotado, se dirigió hacia la ciudad.

Por el camino, pensó en Jeannette. Estaba claro, había hecho mal al no haber estado esperándola a la hora convenida. Lo suyo habría sido explicarle la situación, hacerla entrar en razón. Se había comportado como un

canalla. Seguramente ella le habría esperado. Luego se habría cansado y se habría ido a casa. Estaría resentida con él, y con motivo. Pese a lo avanzado de la hora, Pierre sintió la necesidad de ir a verla, para explicárselo todo y pedirle perdón.

Pero al llegar al apartamento de Jeannette, le dijeron que aún no había regresado. La noticia le cogió por sorpresa, desbaratando de golpe el rosario de frases que con tanto esfuerzo había engarzado.

¿Dónde podía estar Jeannette tan tarde? Ella casi nunca salía sola de noche. Pierre decidió esperarla en la entrada. Pero pronto comenzaron a dolerle las piernas. Se sentó sobre una barandilla, apoyado contra la pared. Esperó.

Lejos, en una torre invisible, un reloj dio las dos. Gradualmente, como alumnos recitando una lección aprendida de memoria, otras torres repitieron las campanadas desde las alturas del entarimado de tejados. Volvió el silencio. Los párpados, pesados como moscas atrapadas en engrudo, se le alzaban un instante para caer enseguida. Se oyó el retumbar vacilante del primer coche sobre el pavimento cuajado de socavones. Pronto aparecerían los carros de la basura. Los bastos, inermes adoquines —cráneos lisos de multitudes enterradas vivas— los recibirán con un prolongado y escandaloso chillido, transmitido de boca en boca a lo largo de la interminable calle imaginaria. Hombres de negro correrán por las aceras hundiendo largas picas en los temblorosos corazones de los faroles.

El seco quejido del hierro. La ciudad despierta, forcejea para alzar los pesados párpados de las persianas. Amanece.

Jeannette no había vuelto a casa.